

# La ópera como eje de política exterior: El caso de Letonia

por Arturo Magaña Duplancher



Elina Garanča

gran potencia cultural y el país mantiene una imagen, envidiable y codiciada por muchos, irremediabilmente asociada a grandes intérpretes del género lírico y la música culta.

La gran mezzosoprano **Elina Garanča** aparece un día si y el otro también en roles protagónicos en la principales casas de ópera del mundo. Mientras tanto, **Mariss Jansons** cautiva cada temporada desde 2004 al frente de la Orquesta Real del Concertgebouw de Amsterdam, **Aleksandrs Antonenko** es el *heldentenor* más solicitado en el Metropolitan Opera y la Royal Opera House pelea año tras año por tener a **Maija Kovalevska** en una *Carmen* que por cierto ya se graba con ella como protagonista en formato 3D (al parecer la primera vez que esto se hará en grabaciones operísticas



Mariss Jansons

**H**asta hace poco tiempo, y salvo por la figura del gran pintor contemporáneo Mark Rothko, prácticamente nadie en Europa —mucho menos en el resto del mundo— tenía idea alguna sobre Letonia; si acaso que se trataba de una de las Repúblicas Bálticas que había conseguido su independencia a partir de la desintegración de la Unión Soviética y, a partir de 2004, de uno de esos países que ingresaban a la Unión Europea más por razones geopolíticas que por otros méritos. En contraste, hoy Letonia es reconocida en toda Europa y el resto del mundo como una pequeña



Aleksandrs Antonenko



Maija Kovalevska

para fines de distribución comercial).

Por supuesto que esta abundancia de talento lírico en un país de poco más de 2 millones de habitantes no es producto de la casualidad. Tiene que ver, en cambio, con una estrategia de diplomacia pública y cultural que se puso en marcha desde la segunda mitad de la década de los 90 con el fin de cambiar la percepción que se tenía sobre el país —pobre, deprimido y humillado por la preeminencia impuesta de la cultura soviética— a fin de presentarlo como el país próspero, refinado y sofisticado que solía ser antes de la invasión nazi y por supuesto de su incorporación a la Unión Soviética. En la década de los 30, por ejemplo, Letonia ostentaba uno de los niveles de vida más altos en toda Europa y contaba, al mismo tiempo, con el mejor teatro de ópera de Europa del Este apenas inferior a la Ópera y el Ballet del Kirov. Valdis Biržkavs, ex ministro de Relaciones Exteriores, lo pone en los términos siguientes: “La ópera es vista por el gobierno como una manera de recuperar el respeto que Letonia necesita tan urgentemente y como una pieza central del cabildeo para integrarse completamente a Europa. Un teatro operístico

de gran calidad no sólo nos permite demostrar nuestro nivel de sofisticación cultural sino además probarle al mundo que estamos en el centro de Europa”.

“Somos lo mejor de Europa”, dijo Antonenko en una reciente entrevista televisiva y recordó así esta campaña de *nation branding* que asoció irremediabilmente a Letonia con el arte europeo por excelencia: la ópera.

Numerosos testimonios e información pública reconocen que la ópera ocupó un papel central en el cabildeo para el ingreso de

Letonia a la Unión Europea y a la OTAN en 2004. Desde fines de los 90, Letonia ha venido invirtiendo cantidades millonarias en su compañía operística, en la renovación de su teatro y en la difusión de la que muchos dicen es la mejor educación musical y vocal del planeta. Durante una cumbre de jefes de estado en 1998 en Riga, Letonia tuvo la oportunidad de deslumbrar al continente y lo logró. Luego de las reuniones de trabajo de la Cumbre de Países Bálticos-Unión Europea en enero de ese año, los jefes de estado participantes fueron invitados a presenciar una nueva producción de *Aida* de Verdi en la recientemente inaugurada sede de la Ópera Nacional de Letonia. Las crónicas periodísticas describen la pereza y el escepticismo con que muchos de ellos se desplazaron hacia el recinto, en contraste con el entusiasmo y la sorpresa que demostraban conforme avanzaba la función. Se trataba de una colorida superproducción de **Ilmārs Blumbergs** y **Māra Ķimele** basada en los dibujos del egiptólogo francés Auguste Mariette —quien descubrió originalmente la leyenda— y bajo la dirección artística de **Gintaras Rinkevičius**, un magnífico director de orquesta que es asiduo visitante del Festival de Salzburgo, la Orquesta Filarmónica de San Petersburgo y teatros de ópera rusos, suecos y daneses.



Gintaras Rinkevičius

La impresión que logró entre las delegaciones alemana e inglesa resultó clave para organizar las primeras giras de la ópera letona en Berlín y Londres. La crítica especializada de *The Times*, por ejemplo, la declaró “una de las mejores compañías del continente”. Cabe señalar también que Richard Wagner vivió en Riga entre 1837 y 1839 —donde fungió como director musical de la ópera local— y donde compuso precisamente dos actos de su tercer ópera, *Rienzi*. No en balde, la Ópera Nacional de Letonia prepara una enigmática y aparentemente sorprendente Tetralogía a estrenarse en 2013 a fin de colocar al teatro, a la ciudad y al país entero en un lugar protagónico durante las celebraciones del 200 aniversario del natalicio de Wagner.

El caso de Letonia, en suma, es quizás el más emblemático y evidente para demostrar el potencial que puede tener la diplomacia cultural en países pequeños, poco conocidos y que en definitiva necesitan una transformación conceptual y de opinión pública en su favor. La selección de Riga como capital de la cultura europea en 2014 está contextualizada, sin duda alguna, en este proceso de revalorización de los productos culturales para fines de política exterior. En ese sentido, Letonia no es un caso excepcional. Sí lo es, sin embargo, al descubrir que es la ópera —y no la pintura, la arquitectura, el cine o la gastronomía— el corazón de esta política que un país de las dimensiones territoriales del estado mexicano de Guerrero ha instrumentado para convertirse en una superpotencia cultural. ●